

presión genuina de la soberanía de la razón individual y del imperio que sobre nosotros ejerce.

Son hoy muchos los hombres que han perdido la fé de sus padres. Si no han logrado reemplazar con otros dogmas ó doctrinas los del cristianismo, sienten, de seguro, en sus espíritus un gran vacío. Queriendo ó sin querer, viven preocupados por los misterios de la vida y de la muerte, por su origen y sus futuros destinos, por el lazo que les une con la naturaleza y con Dios, si creen que Dios existe.

Atormentados por la duda, no es raro que se esfuercen por reavivar en sus almas la fé muerta. ¿Lo consiguen? Inútil empeño el suyo si su razón sigue negando los antiguos dogmas. A cada esfuerzo su impiedad crece y se arraiga. Sí, á pesar de todo hincan ante los altares la rodilla y oran, en su oración vá envuelta la blasfemia.

Estúdiense el lector, y cuanto más baje al fondo de sí mismo, tanto más se convencerá de que no hay nada tan personal, tan absoluto, tan rebelde á toda autoridad como su razón y su conciencia.

En historia, en política, en filosofía, en ciencias, en letras, en artes, todo lo controvertimos y lo ponemos en tela de juicio. Volvemos cien veces sobre los problemas que resolvieron otros hombres y otros siglos. No nos satisface ninguna hipótesis. Rectificamos sin cesar los datos que pasadas generaciones nos legaron, y atribuimos los fenómenos á otras causas y otras leyes. Y al dar con verdades tan absolutas como la razón misma, como que sentimos encontrar murallas que nos detengan y nos limiten el imperio del espíritu.

Hablaba hace poco del movimiento de la tierra: vea el lector hasta qué extremo es soberana la razón del individuo.

Cuarenta siglos creyó la humanidad toda que la tierra estaba inmóvil en el centro del espacio. El sol, los planetas, las demás estrellas, los cielos todos, giraban, según ella, alrededor de nuestra pobre morada. Lo decía la Biblia de todas las religiones y los libros de todos los sábios; lo aseguraban los sentidos. La razón de un hombre vino á negar un día esta creencia universal; y hoy ya todos en Europa sentimos, como Galileo, rodar la tierra bajo nuestras plantas, y conocemos la órbita que en torno del sol recorre.

Ha destruido la razón individual, no solo creencias universales, sino también instituciones comunes á todos los pueblos. La esclavitud era la base de la ciudad antigua. Ni en Oriente ni en Occidente se concebía una sociedad sin esclavos. Venía la esclavitud legitimada á los ojos de los legisladores y de los filósofos, mas aún que por la guerra, por la desigualdad de talentos. Veíase entre los hombres razas, castas, clases predestinadas por su inferioridad intelectual á la servidumbre. Negada, sin embargo, por la razón individual y

más tarde por la sociedad, fué la esclavitud desapareciendo de las leyes y las costumbres de Europa. Retenido modernamente en América; pero gracias á nuevas protestas de la razón, están para caer las cadenas del último esclavo.

En nuestros días ataca la razón individual la propiedad inmueble. La demuele á fuerza de examinarla, sin que la detenga la sanción de los siglos. Sus palabras han sido ya recogidas por los proletarios que empiezan á mirar la tierra con ojos de codicia; y el Estado mismo parece determinar por ellas su conducta. Ayer le arrancó del cinto la espada, que llevaba desde los tiempos del feudalismo, y hoy la agobia á fuerza de tributos haciéndole sobrellevar más de la cuarta parte de sus gastos.

Pero, ¿á qué pormenores? La soberanía de la razón del hombre está demostrada por un hecho general é indiscutible. Examinense los progresos todos de la humanidad: no se citará uno que no haya empezado por la negación individual de una idea colectiva. Los realiza generalmente la sociedad, los inicia el individuo. Y el individuo, lo repito, no halla nada que le contenga.

La razón social, por su órgano el Estado, trata aun de sobreponerse en algunos pueblos á la del individuo. No solo quiere imponerle sus ideas, pretende impedirle la manifestación de las que vienen á negárselas.

De aquí las leyes de imprenta, las que limitan el derecho de reunirse y asociarnos, la enseñanza pública, los programas oficiales, los libros de texto obligatorios, la inspección de las escuelas, aun de las privadas. El Estado dice todavía á la razón como Dios al mar: «De aquí no pasarán tus olas;» pero inútilmente. La razón individual se abre paso al través de los muros de las cárceles y las bayonetas de los soldados, cuanto más al de esas débiles y ridículas barreras; y hoy le amenaza, mañana le sepulta en ruinas. Lo que no le permiten decir á la luz, lo dice en las tinieblas; y todo lo que consigue el Estado con ponerle vallas, es retardar los progresos de la humanidad y manchar de sangre las páginas de la historia.

La razón social tiene sin disputa en el drama de la vida un papel de importancia; pero no el primero. Es para la individual lo que en la generación la mujer para el hombre. No engendra, concibe: elabora y da cuerpo á las ideas que la otra esparce al viento. Las despoja del absolutismo con que surgen de la razón del individuo, las acomoda á las condiciones del pueblo en que han de realizarse, y las convierte al fin en ley, en institución en hecho. Solo ella las fecunda; pero tampoco hace más que fecundarlas. Si no se las renovara la razón individual, viejas y agotadas las suyas, perecería de inanición y con ellas las naciones. Solo la razón individual es aquí la fuerza creadora, solo ella la que, poniéndose de tarde en tarde en frente de la humanidad, la hace cam-

biar de rumbo y provoca las grandes revoluciones de los pueblos.

Las religiones que hablan en nombre de Dios, habrían de temer naturalmente esa razón osada y turbulenta: se han forzado todos en deprimirla y esclavizarla. La han declarado incapaz de distinguir el mal del bien, el error de la verdad, lo feo de lo bello; y la han sometido á dogmas que supusieron revelados y como tales indiscutibles y eternos. «Este es tu origen, han dicho imperiosamente al hombre, esa tu moral, ese tu derecho, esos tus últimos destinos.—Así fué creado el mundo, por estos medios se conserva y vive, así desaparecerá al sonar su hora en el reloj de los tiempos.—Esos son los atributos de Dios, esos los vínculos con el hombre, esos los designios.—Dios es la fuente de todo bien, de toda verdad, de toda belleza.—Ay del que pretenda llevar más allá de estos dogmas su pensamiento.»

La razón social ha reconocido por largo tiempo su incapacidad, y ha permanecido muda y humillada ante esos sistemas religiosos que imponía la ley castigando á los rebeldes: no la razón individual, que no ha dejado nunca de discutirlos y ha concluido por deshacerlos. Primero el cisma, la secta, luego la filosofía, la escuela, han ido descomponiendo y matando todas las religiones de Europa. Muerto por la filosofía estaba ya el paganismo cuando predicaba Jesús el Evangelio á las gentes. Mucho antes hacían los patricios en Roma profesión de ateísmo; y de ateo daba muestras el Estado admitiendo indiferentemente en el Panteón á los dioses de otros pueblos. El paganismo no era ya entonces mas que la religión de la muchedumbre. No estaba tan disuelta el judaísmo, pero sí mimado por las sectas, principalmente la de los escribas. Jesús fué la última protesta de la razón individual contra las antiguas religiones.

Peró no fué más afortunado el cristianismo. Desde un principio hubo que luchar dentro de su misma iglesia con la razón individual, armada de todas armas. Fué desde luego objeto de acalorados debates y origen de cismas. ¿Cuándo ha dejado de tener herejes? Su historia es la no interrumpida serie de sus combates con los disidentes. Hoy son sus sectas más numerosas que nunca, y más combatidos que nunca sus dogmas. No hay uno que no haya sido blanco de la sátira y tema de sangrientos sarcasmos; uno que no ataquen á la vez la filosofía y la ciencia. Se vuelve á la negación de Dios, y muchos que le reconocen le transforman en un ser tan distinto de Jehová como de Cristo.

Está la razón sujeta á error, ¿cómo negarlo? Pero nótese bien, solo ella puede corregir sus yerros. ¿Se los habrían de corregir ni la religión ni el Estado, cuando es la perpétua contradicción de los poderes? ¿Cuándo niega lo que afirman y afirma lo que niegan? ¿cuando sin cesar los discute y los de-

muele? ¿cuando á no valer más que ellos habrían detenido los pasos de la humanidad y la habrían llevado por la quietud á la muerte? Está sobre los reyes y los profetas, y no hay autoridad sobre la suya. Pero puede afortunadamente reconocer sus propios errores y enmendarlos.

Los reconoce merced á su carácter progresivo, á esa misma actividad que no la permite detenerse y la obliga á volver sobre cuestiones cien veces resueltas: los enmienda gracias á su infatigable afán por la verdad, norte de nuestras almas. Son precisamente sus rectificaciones las que han producido el movimiento histórico.

Es soberana la razón, ó lo que es lo mismo autónoma. No la consideraba autónoma Kant sino en la esfera de la conciencia; pero lo es indudablemente en todo. Aunque tiene en la moral afirmaciones universales y categóricas como en ninguna de las otras manifestaciones de nuestra vida; no deja de ser en todas norma de sí misma. Sería contradictorio é inexplicable que lo fuese, por ejemplo, en la moral y no en el derecho; en el derecho y no en la política; en la política y no en la filosofía. Es una, y no cabe suponerla acá moviéndose por sí, allá obedeciendo á extrañas leyes. Segura ó vacilante en sus asertos, no encuentra jamás fuera de sí nada que la quebrante ni la fortalezca. Pero sí cae en la duda por sí la vence. Busca y halla en el mundo exterior datos por qué determinarse; pero la determinación es suya.

De aquí el dogma de la democracia moderna. No reconocen otro motivo ni otro origen los llamados derechos individuales, anteriores y superiores á toda ley escrita. «Si el hombre, se ha dicho, tiene en su razón su más alto criterio; si en la conciencia, reflejo y voz interior de la razón misma, halla las reglas de la moral y del derecho; y, por consecuencia, la norma de sus actos; si no hay nada que pueda cohibir esa razón ni nada que esté sobre ella, puesto que por su iniciativa y á su impulso caen los dioses, perecen las instituciones, pierden su imperio las más arraigadas ideas y se cambia y transforma la vida de los pueblos; el hombre es inviolable en las manifestaciones de su pensamiento, y no hay ni en el Estado ni en la Iglesia, órganos de la razón colectiva, autoridad para impedir las ni ponerles condición ni límite.

«Importa poco que sus ideas, en pugna con las del siglo parezcan quiméricas y absurdas: la idea quimérica de hoy puede ser la realidad de mañana; y no hay tribunal para juzgarlas. Autónomo el hombre, es y debe ser libre en su pensamiento y su conciencia; y si por su carácter y sus múltiples necesidades ha de estar sometido á leyes y gobiernos, expresión de su vida social, ha de concurrir á la creación de esos gobiernos y al establecimiento de esas leyes, como se quiera que tengan legitimidad y fuerza. Dada la soberanía

de la razón, no es ya posible buscar en Dios la legitimidad de los poderes: por la gracia del hombre y no la de Dios llevan los reyes corona y ciñen espada los príncipes de la tierra.» Consecuencias lógicas hoy admitidas en la mayor parte del mundo culto.

Es ya del todo inviolable el pensamiento en los Estados-Unidos de América, en Suiza, en Inglaterra, en Portugal, en Bélgica. Lo era hace poco tiempo en España. En los Estados-Unidos se les respeta hasta el punto de estar escrito en la Constitución que no cabe limitar por ley alguna la libertad de la palabra ni de la prensa. Libre es también el pensamiento en Alemania, en Italia, en Francia, en los más de los pueblos de Europa y América, con tal que no escoja el periódico político por arma de combate. La conciencia es igualmente inviolable en los Estados-Unidos. No cabe allí tampoco legislar en materia de religión ni prohibir el establecimiento ni el ejercicio de ningún culto. Libertad absoluta hay también en Holanda; poco menos en Suiza, Inglaterra y Alemania. Donde no libertad, hay por lo menos tolerancia.—Intervención de los pueblos en la formación de los gobiernos y las leyes la hay, por fin, en toda Europa y América, á excepcion de Rusia y Turquía. En algunas naciones la tienen ya todos los ciudadanos. Existe el sufragio universal en Francia, en Suiza, en Bélgica, en nuestra misma España. Los Estados-Unidos acaban de escribir en su Constitución que no se puede denegar el voto á nadie por motivos de color, de raza ni de servidumbre.

No es ya una mera abstracción la autonomía del individuo; ha bajado á la región de los hechos y domina la política del mundo. Hoy obliga al Estado á desprenderse de la autoridad que siempre ejerció sobre el pensamiento; mañana obligará á otro tanto á la misma Iglesia. ¿No están ya los Pontífices transigiendo en todas partes sobre la libertad de conciencia, y ayer, que eran reyes, no toleraban dentro de su propia capital el culto de hombres que negaban á Cristo? Como parecen haberse convencido de la inutilidad de sus anatemas, se convencerán algún día de la ineficacia de sus *Syllabus* y de sus índices. No se detiene la razón ante tan débiles obstáculos; los allana y abre paso á la civilización y al mundo. O hay que reconocerla soberana y tomarla por cimiento de lo que se construye, ó des-cansarán en la arena y perecerán sus embates religiosos, Estados, códigos, sistemas de moral, sistemas de filosofía.

De la soberanía de la razón, de la autonomía del individuo, hay que partir ya para estudiar la organización de las sociedades.

F. PI Y MARGALÍ.

(Revista de Andalucía.)